

Domingo XIII – Hospedar a Dios

El tema central de la Palabra de Dios en este domingo es la hospitalidad. Pero no sólo la hospitalidad entendida como deber humanitario hacia los viajeros, sino, sobre todo, la hospitalidad como un gesto religioso, que no termina en el huésped humano sino en Dios mismo: acoger a Dios en la propia vida. Leída en esta clave, la primera lectura, sobre la mujer de Sunam, no es una simple “florecilla”, un relato edificante, sino algo mucho más profundo.

El texto dice que esta mujer, casada y de buena posición, invitaba a comer al profeta Eliseo “con insistencia”, e incluso decide construirle una habitación en la terraza para que pudiera retirarse cuando la visitaba, no en razón de un vínculo personal sino porque se había dado cuenta de que era “un santo hombre de Dios”, es decir, no sólo un hombre bueno sino un profeta, un enviado de Dios, cuya palabra se cumple infaltablemente.



Adriaen Eeckhout, *Abraham y los tres ángeles*, 1656. San Petesburgo

Eliseo, conmovido por tanta generosidad, la llama: “Realmente tú te has desvivido por nosotros: ¿qué se puede hacer por ti?” La mujer responde con total desinterés: “Me siento muy bien donde estoy, en medio de mi gente”. Pero el siervo de Eliseo lo informa: no pudo tener hijos. Ésta es una situación que no debemos pasar por

alto. En esa cultura, en la mujer no tenía otro rol que el de esposa y madre, la esterilidad era causa de marginación y humillación.

Sin embargo, esta mujer no dejó que su corazón y su vida se llenaran de frustración y amargura: agradece a Dios por lo que tiene y no lo culpa por lo q no tiene. Es esa actitud la que le permite seguir teniendo lugar para Dios, lo cual expresa en su sorprendente hospitalidad para con Eliseo, en quien reconoce la visita de Dios mismo.

Y entonces recibe, por boca de Eliseo, la promesa de Dios: “El año próximo, para esta misma época, tendrás un hijo en tus brazos”. Al hospedar a Dios, la aceptación creyente de la esterilidad es recompensada con la fecundidad. Evoca así la historia de Abraham, quien

hospeda generosamente a los tres misteriosos visitantes (ángeles) y recibe en recompensa la promesa de que Sara, su esposa estéril y ya mayor, tendría un hijo para el año siguiente. Aceptar la voluntad de Dios, a veces misteriosa y desafiante, es fuente de una bendición que supera cualquier carencia.

El Evangelio retoma este tema de la hospitalidad como acto de fe, pero con un cambio de enfoque: ya no en la perspectiva de la sunamita (el anfitrión) sino del huésped (el enviado de Dios):

“El que los recibe a ustedes, me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió. El que los recibe por ser mis discípulos, o que les dé aunque sólo sea un vaso de agua fresca, no quedará sin recompensa”

Estas palabras se suelen interpretar como una exhortación a recibir bien a los apóstoles de Jesús en atención a quien representan. Pero no debemos perder de vista que Jesús no está hablando a la gente, los potenciales anfitriones de los apóstoles: son instrucciones dirigidas a los mismos apóstoles, como en los dos domingos pasados. ¿Y cuál es su finalidad? Que tuvieran conciencia clara de la misión con que fueron investidos: ser “embajadores de Jesucristo” y de Dios (cf. 2 Corintios 5,18-20); y, por consiguiente, que tuvieran humildad para no interponerse en ese encuentro: no los recibirán a ellos a título personal, sino porque reconocerán en la visita de los apóstoles la visita de Jesucristo y de su Padre.

Como las anteriores instrucciones, éstas están dirigidas también a todos nosotros, los discípulos de Jesús, sobre todo si nos identifican como creyentes y practicantes: muchas veces las personas verán en nosotros embajadores de Dios. Y es importante discernir estas situaciones en que somos sobre todo mediadores de ese encuentro para responder adecuadamente, sin ponernos en primer plano a nosotros mismos, sino facilitando el encuentro de los otros con Dios.

En una palabra, muchos nos reclamarán como lo hizo la sunamita, percibiendo la presencia de Dios en nuestra vida y deseosos de participar también ellos de esa gracia, y nosotros, como Eliseo y como los apóstoles, podemos convertirnos en portadores de la promesa de Dios.

P. Gustavo Irrazábal